



El concepto de educación y sus falsas dicotomías

The education concept and its false dichotomies

  María Dolores Segura González¹

¹ Colegio de Pedagogía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México

Fecha de recepción: 12.01.2024

Fecha de revisión: 13.04.2024

Fecha de aprobación: 24.04.2024

Cómo citar: Segura González, M. (2024). El concepto de educación y sus falsas dicotomías. *Espergesia*, 11(1), 34-42.

<https://doi.org/10.18050/rev.espergesia.v11i1.2850>

Abstract

Introduction: The conceptual complexity inherent in the term “education” has been associated with numerous analyses from various disciplinary approaches, paradigms, and theoretical currents. **Objective:** This article aims not to offer a univocal definition of the meaning of education but to consider it from a sociological perspective that integrates the false dichotomies of individual/society, continuity/discontinuity, and reproduction/change. **Development:** In the first part, the text presents a theoretical proposal on the articulation between culture, identity, and memory. Culture is understood as the set of objectified and subjectivized forms in historically specific contexts, which provides the individual with intersubjective elements for identity formation, where memory acts as an active dialogue between the psycho-individual and the socio-collective dimension. In the second part, education is proposed as a complex and dynamic process of cultural communication, identity formation, and social construction of memory. It emphasizes the importance of analyzing education from a theoretical perspective that considers the interaction between the individual and society, offering the possibility to understand its crucial role in processes of social reproduction and continuity, as well as in those of change and discontinuity. **Conclusions:** The mentioned false dichotomies in approaches to studying education polarize and create an antagonism between structures and subjects, individual and society, and reproduction and social change, consequently providing little understanding of how these phenomena articulate with educational processes, overlooking the multiple possibilities of co-participation and mutual determination.

Key words: education; culture; identity; memory.

Resumen

Introducción: La complejidad conceptual que entraña el término “educación” ha estado asociado con numerosos análisis provenientes de diversos enfoques disciplinarios, paradigmas y corrientes teóricas. **Objetivo:** Este artículo, más que ofrecer una definición unívoca del significado de la educación, propuso pensarla desde una perspectiva sociológica que integrara las falsas dicotomías de individuo/sociedad, continuidad/discontinuidad, y reproducción/cambio. **Desarrollo:** En la primera parte, el texto expuso una propuesta teórica sobre la articulación entre cultura, identidad y memoria. La cultura entendida como el conjunto de formas objetivadas y subjetivadas en contextos históricamente específicos, que provee al sujeto de los elementos intersubjetivos para su formación identitaria, donde la memoria funge como un diálogo activo entre la dimensión psico-individual y la socio-colectiva. En la segunda parte se propuso la comprensión de la educación como un proceso complejo y dinámico de comunicación de la cultura, de formación de la identidad y de construcción social de la memoria. Se enfatizó la importancia de analizar la educación desde una visión teórica que considerara la interacción entre individuo y sociedad, y que ofreciera la posibilidad de entender su crucial papel en los procesos de reproducción y continuidad social, así como en los de cambio y discontinuidad. **Conclusiones:** Las falsas dicotomías mencionadas para las aproximaciones en el estudio de la educación polarizan y generan un antagonismo entre estructuras y sujetos, individuo y sociedad, y reproducción y cambio social, lo que en consecuencia proporciona poco entendimiento sobre la manera en que estos fenómenos se articulan con los procesos educativos, soslayando las múltiples posibilidades de coparticipación y determinación mutua.

Palabras clave: educación; cultura; identidad; memoria.

INTRODUCCIÓN

La comprensión sobre el concepto de educación es inseparable del análisis de las condiciones sociales en que tienen lugar. Desde una perspectiva sociológica, el entendimiento de la educación es frecuentemente relacionado con la función que le es atribuida, o con el componente ideal de lo que pretende. Es por ello que históricamente este término ha sido vinculado tanto al lenguaje de uso común, como al abordaje científico cuyas aproximaciones teóricas y metodológicas, si bien han contribuido a su construcción teórica, también le han impuesto límites interpretativos, entre los que destaca el hecho de analizar polarmente la educación (individuo/sociedad; continuidad/discontinuidad; reproducción/cambio) puesto que tal posicionamiento constituye un falso antagonismo que aporta poco entendimiento sobre la dinámica entre contextos, sujetos, estructuras y procesos sociales.

En este sentido, intentar una reelaboración sobre el concepto de educación es insoslayable en el contexto de la realidad contemporánea permeada por amplios procesos de globalización cultural, transformaciones tecnológicas y movimientos sociales identitarios, coordinadas espaciotemporales que le asignan fines diversos a la educación. En este escenario es importante una reformulación teórica y conceptual sobre la educación, en diálogo con las definiciones existentes, y ante los desafíos sociales que se presentan en torno a la cultura, la identidad y la memoria.

Para guiar la reflexión, en primer lugar, se exponen los conceptos de cultura, identidad y memoria, en tanto conceptos claves necesarios para pensar la educación. En la segunda parte, se propone entender a la educación como un proceso psicosocial complejo de comunicación de la cultura, formación de la identidad y construcción social de la memoria; ello a partir de dos elementos clave que se abordarán simultáneamente: a) la complementariedad teórica de las categorías de cultura, identidad y memoria previamente establecidas; y b) un enfoque integrador que supere las falsas dicotomías que históricamente han sido elaboradas para definir a la educación, a saber, individuo/sociedad, continuidad/discontinuidad, y reproducción/cambio.

Concretamente, se insiste en hacer explícito el crucial papel de la educación en la interacción entre individuo y sociedad; en la dinámica activa de los procesos de formación identitaria que integran tanto continuidad y discontinuidad; y en las formas de construcción de la memoria social, sus estructuras y procesos de reproducción y cambio social.

DESARROLLO

Cultura, identidad y memoria: conceptos claves para la educación

Cultura

Si bien el concepto de cultura tiene una larga construcción histórica, interesa destacar que, en la amplitud del término, se relaciona con una idea de producto humano y que, a su vez, conforma a los sujetos.

Como categoría analítica en permanente construcción, la noción de cultura se ha desarrollado en una diversidad de contextos sociohistóricos que le dan sentido, validez y legitimidad. Por mencionar algunos ejemplos, ésta ha sido definida desde una perspectiva elitista vinculada con la idea de patrimonio o acervo colectivo de obras y objetos valiosos del pasado desde el punto de vista estético, científico o espiritual; o bien, desde una perspectiva histórico-evolucionista donde la cultura, entendida como “civilización”, está sujeta a un proceso de evolución lineal y acorde con etapas cronológicas definidas y obligatorias por las que deberían transitar todos los pueblos, aun cuando los ritmos y velocidades fueran diferentes; y otra más, desde una perspectiva culturalista, resultado de la convergencia entre la etnología y la psicología conductista del aprendizaje (Giménez, 1982). Como es posible observar, estas definiciones están desarrolladas desde un enfoque objetivista de la cultura.

Giménez (2002) ofrece una estrategia de pensamiento y de construcción teórica sobre la cultura para integrar tanto el enfoque objetivista de la cultura, como el subjetivista, pues este último, a consideración del autor, termina por psicologizar los procesos culturales para reducirlos a modelos de comportamiento enmarcados en la

vida cotidiana, y en el sentido común expresados en situaciones específicas y concretas. En esta tesitura, es posible entender la cultura como la organización social —siempre contextualizada históricamente y socialmente estructurada— de los procesos de interiorización y construcción simbólica llevada a cabo, tanto por los sujetos individuales, como por los grupos sociales. A través de dicha interacción, las formas objetivadas de la cultura (que incluyen, por ejemplo, el patrimonio cultural, la memoria histórica, los museos, los lugares arqueológicos, los acontecimientos y personajes históricos, entre otros) atraviesan por un proceso de subjetivación en el que son los sujetos, quienes de manera activa (y de acuerdo con sus experiencias, actitudes, emociones, valores, esquemas mentales, entre otros), elaboran diversas estrategias para determinar su apropiación y resignificación (Giménez, 2005, pp. 489).

Por lo tanto, la cultura puede ser entendida como una noción con varias dimensiones, esferas o niveles como: cultura material, conjunto de saberes culturales, instituciones y organización social, visión del mundo, prácticas comunicativas; es decir, todo aquello que contribuye a que los sujetos se adapten a su entorno natural y social, den sentido a su vida individual y colectiva, y a través de la praxis comunicativa, entiendan, produzcan, transmitan y resignifiquen su propia existencia.

Una posible teorización sobre la cultura, concebida desde una perspectiva sociohistórica que integre tanto componentes objetivos como subjetivos, no debe soslayar que la categoría cultura es portadora de contenidos abiertos relacionados con las siguientes nociones: a) una construcción dinámica en continuo cambio e interacción con otras culturas, b) la organización social e interiorización de significados en una doble dimensión tanto individual como colectiva, c) el conjunto de formas objetivadas y subjetivadas en contextos históricamente específicos, y sobre todo, d) la praxis comunicativa entre individuo, sociedad y sociedades en términos dialécticos.

Identidad

De acuerdo con Giménez (2009, p. 11), los sujetos construyen su identidad a partir de la cultura, específicamente, de los materiales culturales comunicados a través de las prácticas y procesos sociales que les permiten distinguirse de los demás. En este sentido, la identidad se construye de manera intersubjetiva ya que, por un lado, es “sentida y vivida”, y por otro lado, “exteriormente reconocida” por los actores

sociales que interactúan entre sí en los diversos escenarios sociales. De esta manera, la identidad integra tanto los elementos de lo “socialmente compartido” —aspecto que destaca las similitudes resultantes de la pertenencia a grupos y otros colectivos—, como los elementos de lo considerado “individualmente único” —que enfatiza la diferencia. De ahí que lo colectivo y lo individual configuren ambas dimensiones de la identidad, pues se “relacionan estrechamente para constituir la identidad única, aunque multidimensional, del sujeto individual” (p. 13).

Distinguir metodológicamente entre la dimensión individual y la dimensión colectiva de la identidad tiene implicaciones de carácter teórico, entre las cuales destaca la advertencia sobre evitar conceptualizar a la identidad colectiva en términos psico-individuales, pues no es posible definirla como una entidad homogénea o perfectamente delimitada (Giménez, 2009). Si bien la identidad y la cultura se mantienen en continua interacción, la una no se reduce a la otra. En otras palabras, el hecho de que la identidad se constituya a partir de los referentes culturales transmitidos a través de las prácticas sociales, no implica que, si se transforma la cultura, de manera mecánica también cambie la identidad de quienes construyen tal cultura; por el contrario, resulta necesario considerar suficientemente las influencias sociohistóricas en el proceso de desarrollo de la formación de la identidad (personal y colectiva) ya que ésta se genera en las interacciones sociales cotidianas que mantienen los sujetos entre sí, y es a través de ellas que van retomando elementos psico-individuales y socio-colectivos para reformularse.

Asimismo, la distinción entre la dimensión individual y la colectiva, favorece la comprensión de los procesos de continuidad y discontinuidad en la construcción identitaria. El vínculo entre individuo y sociedad se consolida en términos de la construcción de un sentimiento de continuidad identitaria y un sentido de pertenencia social, elementos estrechamente relacionados con las interacciones sociales, con el contexto social macro y micro, con las fronteras culturales que distinguen a los sujetos de otros, y también con el proceso de regulación y autorregulación del comportamiento individual, pues todos estos son aspectos que tienen gran influencia sobre el sujeto en el proceso identitario. Vale agregar que esta dinámica incluye también a los procesos de discontinuidad o reconstrucción identitaria, es decir, la participación activa del sujeto, su inten-

ción e interés por distinguirse y demarcar su autoadscripción en relación con los elementos que integran su heteroadscripción. De esta manera, la identidad se puede definir como “un proceso subjetivo (y frecuentemente autorreflexivo por el que los sujetos definen su diferencia de otros sujetos (y de su entorno social) mediante la autoadscripción de un repertorio de atributos culturales frecuentemente valorizados y relativamente estables en el tiempo (Giménez, 2009, p. 12).

Memoria

Históricamente la memoria ha sido una preocupación constante para la humanidad intrigada por saber qué y cómo se recuerda, por qué se olvida, o, por qué en ocasiones algunos recuerdos parecen falsos. En su afán de responder a estas interrogantes algunas ciencias han definido a la memoria como una facultad psíquica inmersa en procesos mentales y cognitivos; de esta manera, ciencias como la psicología, la medicina, la psiquiatría, las neurociencias y el psicoanálisis han puesto su atención en los componentes químicos, biológicos y sinápticos de la memoria y su relación con los factores emocionales y afectivos del recuerdo, el olvido y el trauma.

Por otra parte, existen otros estudios relacionados con la influencia de la sociedad sobre la memoria, considerada ésta una preocupación cultural y política propia de las sociedades contemporáneas. En este contexto, la memoria resulta un tema de interés para antropólogos, politólogos, sociólogos, historiadores y filósofos, quienes analizan también la relación entre la memoria individual, la memoria colectiva y la memoria histórica.

Desde 1925 Maurice Halbwachs destacó la dimensión social de la memoria y de los procesos de rememoración, subrayando la importancia de lo sociocultural en la construcción de los recuerdos del individuo. Para Halbwachs (1995) la memoria es un acontecimiento o testimonio del pasado cuya naturaleza social tiene implicaciones tanto en los contenidos, como en las formas, es decir, el qué se recuerda y el cómo se recuerda. Por ello, afirma el autor, además de recordar personajes, lugares y acontecimientos con la ayuda de las memorias de otros, los individuos recuerdan en un contexto de códigos culturales compartidos. El reconocimiento de tal dinámica sociocultural esclarece dos características importantes de la memoria, a saber, su carácter patrimonial, y su función en la reproducción social. Ello se debe a que la memoria incide en

los procesos generacionales de socialización y en la transmisión, directa o indirecta, de los contenidos culturales que la conforman.

Desde un enfoque sociocultural que reconoce el papel activo de la memoria, Jelin (2002) la comprende como un trabajo de selección y de reconstrucción sobre el pasado que surge con un propósito psicológico y/o social en un presente, y en función de un futuro deseado. Por ello, menciona la autora que el pasado que se recuerda o se olvida siempre es activado desde un presente específico y en función de ciertas expectativas a futuro. Ya sea a nivel individual o en la interacción colectiva, en la dimensión micro o macro social, “parecería que hay momentos o coyunturas de activación de ciertas memorias, y otros de silencios o aun de olvidos (p. 18).

De ahí que lo individual y lo social, el pasado y el presente, la continuidad y la discontinuidad, y la reproducción y el cambio, se incorporen en la construcción de la memoria en términos de complementariedad, más que de oposición.

La complementariedad entre reproducción y cambio social en la construcción de la memoria advierte que ésta última no pueda ser “vertida” sin más en la mentalidad de alguien en el presente, pues el recuerdo no se conserva intacto, sino que se reconstruye a partir del presente. En este sentido, la reconstrucción de la memoria no explica la realidad pasada, sino la verdad del presente, tal como la sociedad y los individuos la construyen.

Además, la relación complementaria entre reproducción y cambio contiene algunas implicaciones para la memoria, entre ellas: que la memoria individual no puede ser significada soslayando el contexto sociohistórico ni los marcos sociales, pues éstos son factores estructurales que impulsan y delimitan el surgimiento de ciertas memorias, como el conjunto de conocimientos de sentido común que permiten la comprensión de la realidad y de las ideas generales de la sociedad.

Entonces, la memoria individual no puede ser significada sin recurrir a su contexto social de surgimiento, ya que sólo de esta manera el recuerdo puede ser a la vez reconocido y reconstruido. Sin embargo, la memoria individual funciona como un continuo proceso de filtración de los múltiples recuerdos colectivos que, si bien tienen elementos en común entre sus integrantes, no necesari-

riamente tienen el mismo significado para todos. Tales recuerdos aparecerán con mayor o menor intensidad para cada uno de los miembros de un grupo social, y se manifestarán en acciones y declaraciones individuales. La memoria colectiva condensa a las memorias individuales, pero no las absorbe en un todo homogéneo ni de manera aproblemática, por el contrario, los recuerdos individuales que logran penetrar en la conformación de la memoria colectiva cambian de forma y contenido en la medida que son posicionados en un conjunto que ya no es una conciencia personal (Halbwachs, 1991, p. 6).

Sin obviar que la facultad mnémica requiere acceder a información como resultado de mecanismos moleculares-celulares, síntesis proteínicas y actividades cerebrales, la memoria es más que el fiel registro y reproducción mecánica del pasado, es una construcción sociocultural de sentido sobre el pasado, un diálogo continuo entre lo psico-individual y lo socio-colectivo (Segura, 2023). La relación complementaria entre reproducción y cambio se concreta en el curso de los procesos de socialización (la educación, por ejemplo) y, de manera particular, en otras prácticas grupales institucionalizadas y reproductoras (por ejemplo, en la escuela) donde los sujetos son provistos de un sentido de continuidad.

Una propuesta conceptual sobre educación, o sobre las falsas dicotomías en el análisis de la educación

En el uso común de la vida cotidiana, la palabra educación forma parte de la interpretación con que los sujetos explican su realidad, y, en consecuencia, actúan en ella. Mientras que, como concepto, la educación posee una interesante historicidad que remite a sus diversos significados, sus desplazamientos y cambios conceptuales, de ahí que existan diversas maneras, de concebirla, y más aún de llevarla a cabo.

De manera general, es posible identificar algunas significaciones atribuidas a la educación como, por ejemplo, ser un proceso social amplio, una práctica social, una institución social, el resultado o producto de una acción, el medio para alcanzar un fin, un fenómeno sociocultural, y una acción planeada e intencionada (Sarramona, 2000). Por otra parte, el término educación posee una riqueza de acepciones usadas para referirse a las distintas dimensiones de la misma, lo cual agrega cierta complejidad para determi-

nar su significado; entre dichas acepciones se encuentran términos como: enseñanza, aprendizaje, conocimiento, formación, currículo, modelo, enfoque, estudio, docencia, didáctica, escuela, y muchos más. Asimismo, a partir del componente crítico/utópico del significado atribuido a la educación, es posible identificar ciertas características complementarias en términos de “intencionalidad educativa”, por ejemplo, reproductora, transformadora, tradicional, progresista, humanista, emancipatoria, democrática, intercultural, patrimonial, inclusiva, ambiental, emocional, por mencionar algunas.

Ahora bien, en este apartado se propone entender a la educación como un proceso psicosocial complejo de: a) comunicación de la cultura, b) formación de la identidad, y c) construcción social de la memoria. Para ello, se recupera la complementariedad teórica de las categorías de cultura, identidad y memoria previamente establecidas, y se realiza un análisis crítico sobre las falsas dicotomías en el análisis de la educación, a saber, individuo/sociedad, continuidad/discontinuidad, y reproducción/cambio.

La educación como comunicación de la cultura, o sobre la falsa dicotomía individuo/sociedad

La educación, entendida como proceso de comunicación de la cultura, es el principal recurso del individuo para tomar contacto con su entorno; ello se logra a través de las relaciones sociales, las prácticas sociales y los complejos procesos de construcción de sentidos y significados sociales en contextos históricamente específicos. La educación así entendida se desempeña como práctica y como proceso social cuya dinámica abarca tanto a los procesos de socialización, como a los de individualización.

Respecto a la relación entre la educación y los procesos de socialización, esta última incluye la transmisión de los contenidos culturales a través de los amplios procesos educativos que hacen posible la incorporación del individuo a la sociedad; es decir, se refiere a la dimensión social inmediata de la cultura. Mientras que los procesos de individualización, se encuentran inscritos en la dimensión individual, pues remiten a los modos de apropiación, producción, reproducción o transformación de la cultura por el sujeto (Dávila, 1990). De este modo, la praxis educativa y comunicativa entre sujeto, sociedad y sociedades se manifiesta en términos dialécticos y de manera complementaria: por

un lado, como comunicación y transmisión de la cultura de determinado colectivo o sociedad a sus integrantes, y por otro, como asimilación y transformación de la sociedad por quienes forman parte de ella (Segura, 2023, p. 53).

Vale agregar que, la educación entendida como comunicación de la cultura, se desarrolla tanto en su dimensión cotidiana como institucional y escolarizada; la primera, hace referencia a las amplias prácticas y procesos sociales de carácter intermitente; mientras que la segunda, la institucional, se corresponde con un producto institucionalizado no neutral, sino más bien, una institución escolar cuyo fines y valores provienen del vínculo con su contexto, y para el logro de objetivos determinados que encierran una particular visión social y política, implícita o explícita.

La dinámica entre ambas dimensiones de la educación, la social y la institucional, pone en relación al individuo con la sociedad, y además, vincula la regulación sociocolectiva con la autorregulación del comportamiento individual y cotidiano. En otras palabras, las prácticas educativas de comunicación de la cultura donde interactúan individuo y sociedad, hacen evidente la coexistencia de fenómenos individuales de interpretación de la realidad, con la necesidad de búsqueda de sentido y pertenencia sociocultural. De ahí que la educación tenga un papel fundamental en los procesos de formación identitaria a nivel individual y colectivo.

La educación como formación de la identidad, o sobre la falsa dicotomía continuidad/discontinuidad

Existe cierto consenso en que la formación de la identidad constituye uno de los grandes fines de la educación. Actualmente, la preocupación educativa por la identidad se desarrolla en un contexto sociohistórico que aborda la identidad en la diferencia, o como arma de descolonización de la cultura y del pensamiento, en medio de procesos de globalización cultural que reclaman la defensa y afirmación de la identidad a través de la educación.

Si bien estos objetivos identitarios son promovidos por algunos programas de instituciones educativas, solamente son efectivos si los actores sociales los interiorizan y construyen su sentido. En otras palabras, la institución escolar por sí misma no tiene la capacidad de determinar y configurar una identidad específica,

pues, como se planteó anteriormente, no existe una imposición lineal ni mecánica de los rasgos culturales provenientes de un grupo hacia un individuo, que esté libre de resignificaciones y reapropiaciones. Por lo tanto, la identidad no es un dato ya constituido, ni tampoco una entidad fija, es un proceso de reelaboración constante.

El reconocimiento de las dimensiones sociales, históricas y culturales de la identidad debe ser complementado con el análisis de su dimensión psicoindividual; es decir, la comprensión de la identidad como un fenómeno multidimensional donde la configuración de los referentes culturales y recuerdos que la constituyen se encuentran en permanente resignificación debido a la incorporación de nuevos esquemas interpretativos producto de la experiencia. De ahí que tanto la educación como la institución escolar, se vean insertas en una dinámica entre continuidad y discontinuidad en la formación de la identidad.

La educación, tanto en su noción de práctica y proceso social, como de producto institucionalizado, comunica contenidos culturales a manera de una memoria social que constituye una forma de patrimonio cultural; dicha memoria es un componente fundamental de la identidad debido a que tanto los recuerdos como la significación otorgada a éstos son necesariamente una acción compartida entre individuos y sociedades, en el marco de prácticas educativas en un tiempo y espacio específico. La educación, entonces, forma las bases de la identidad puesto que es capaz de englobar a la memoria individual con la memoria colectiva e histórica, capacitando al sujeto para apropiarse de un pasado común y colectivo que crean una idea de continuidad que, a su vez, permite cierta proyección a futuro. Sin embargo, la construcción de identidad no se reduce a la acumulación y reproducción de la memoria colectiva e histórica, ya que ésta no determina la significación absoluta del sujeto; por el contrario, gracias al devenir psíquico del sujeto se crean nuevos significados para los recuerdos, y nuevas memorias en un esfuerzo de creación de sentido en el presente. Esta dinámica entre continuidad y discontinuidad es necesaria para darle certeza —aunque sea de manera temporal— al yo de lo que no es y, a su vez, construir y actuar en consecuencia de lo que cree ser, en un esfuerzo permanente de “pacto de reconocimiento con el mundo” (Ramírez, 2017, p. 196).

La educación como construcción social de la

memoria, o sobre la falsa dicotomía reproducción/cambio

Si bien algunas aportaciones de las teorías de la reproducción analizadas desde la sociología de la educación son vigentes para analizar la falsa dicotomía existente entre reproducción cultural y cambio social, aquí interesa el papel específico de la educación en la construcción social de la memoria por las siguientes razones: primero, por la función socializadora de la educación; segundo, porque la escuela es una institución privilegiada para la trasmisión y reproducción de los contenidos culturales de una sociedad; y tercero, porque la memoria social posee un carácter patrimonial cuya dinámica intergeneracional no es lineal ni está libre de tensiones.

La memoria social está conformada por un conjunto de contenidos culturales específicos que, al ser transmitidos a través de los procesos de socialización y escolarización, hacen posible la incorporación de los individuos a la sociedad. Dichos contenidos funcionan como referentes sociales y culturales de carácter patrimonial, destacando entre ellos los acontecimientos, las personas y los lugares, cuya particularidad es que pueden ser conocidos, individual o colectivamente, y de manera directa o indirecta a través de las prácticas educativas. El reconocimiento de esta dinámica social permite entender la manera en que la educación se vincula con la memoria en su sentido de reproducción sociocultural, o sea, “la forma en que una sociedad clasifica, transmite y evalúa el conocimiento educativo reflejando el poder y su distribución, así como los principios de control dados” (Ávila, 2005, p. 160). Esta función reproductora de la educación se lleva a cabo a través de la selección, enseñanza y aprendizaje de conocimientos culturales específicos, formas de construcción de una memoria social específica, con propósitos identificables que implican una determinada visión de los procesos y acontecimientos históricos, y no otra.

Sin embargo, los procesos educativos de comunicación de la cultura y construcción de la memoria social no se agotan en la transmisión cultural e intergeneracional. La construcción de la memoria social no se limita a una transmisión definible y mecánica de recuerdos, contenidos culturales y memorias intergeneracionales; de acuerdo con Bourdieu (2002), entenderlo de este modo supondría pensar a la juventud en singular como algo homogéneo, apegada una forma

determinista de conceptualizarla como una época de la vida sujeta a un proceso de evolución lineal, en etapas, y cuya finalidad sería la adultez.

La articulación de las prácticas educativas con la construcción social de la memoria en un contexto más amplio de estructuras y procesos sociales, esclarece los sentidos construidos sobre el pasado. La educación, además de reproducir la memoria social, pone al descubierto el valor, alcance e impacto de su potencial de cambio pues articula la memoria instituida y socialmente heredada de las generaciones adultas, con un trabajo de selección y reconstrucción de las generaciones jóvenes sobre los significados atribuidos al pasado; esta dinámica incorpora a los sujetos como parte activa de la memoria que construyen con un potencial de transformación y cambio (Segura, 2023).

En la relación entre educación y reproducción/cambio, la memoria constituye el fundamento cultural, identitario, material y simbólico que posibilita los procesos tanto de transmisión e intercambio cultural entre generaciones, como de transformación y cambio debido a su capacidad de conservar y crear nuevos significados culturales (Ricaurte, 2014, p. 31).

Contribución al conocimiento

La investigación educativa referente a la memoria y su vínculo con la educación ha centrado sus esfuerzos en abordar las experiencias vinculadas con la transmisión educativa de pasados violentos y conflictivos, ello desde una perspectiva ética y pedagógica del deber de transmitir dicha memoria para evitar que se repitan los hechos. Sin embargo, se ha soslayado en su análisis los elementos culturales e identitarios aquí presentados a manera de falsas dicotomías. Ello contribuye a promover una perspectiva teórica más inclusiva para el abordaje de la relación entre memoria y educación.

Limitaciones del estudio

Este texto es una revisión descriptiva inicial sobre un tema que requiere ser ampliado para precisar, por ejemplo, la dinámica diferenciada entre la educación social y la educación escolarizada en la comunicación de la cultura, la formación de la identidad y la construcción social de la memoria.

CONCLUSIONES

Como se puede apreciar en este ensayo, al concepto de educación le resulta inherente y necesario el análisis de categorías inmediatas como lo son cultura, identidad y memoria, ya que, del significado implícito o explícito en éstas, dependen las propuestas educativas y los fines históricamente atribuidos a la educación.

La consideración crítica expresada en este ensayo a manera de falsas dicotomías, demuestra que el papel de la educación y de los procesos educativos pueden ser replanteados en términos más amplios. Después de todo, el potencial de la educación radica en su función de comunicar los contenidos culturales que ayuden a dar sentido tanto a la identidad individual y colectiva en el presente, como a las condiciones sociales, políticas y culturales de un individuo o sociedad.

El carácter intersubjetivo de la educación implica comunicación y negociación, es decir, continuidades y discontinuidades en las resignificaciones de los contenidos culturales que se transmiten, y, por ende, de los procesos identitarios y las formas de memoria promovidas. En este sentido, es importante reconocer que la articulación de la educación con la cultura, la identidad y la memoria obedece, por un lado, a las exigencias del presente, y por otro, a una concepción de educación, de sociedad y de sujeto. Ya no se trata únicamente de cuestionar las relaciones sobre lo individual y lo social, sobre la continuidad y la discontinuidad, y sobre la reproducción y el cambio, sino también, sobre la capacidad de analizar el papel de la educación en el proceso de construir memorias, y de comunicar referentes culturales con la capacidad de formar identidades; es decir, la capacidad de integrar los procesos de reconstrucción de lo más subjetivo y singular, con aquello que deviene en cultura y memoria histórica.

Recomendaciones

Si bien este análisis requiere ser ampliado, representa una invitación para pensar la cultura, la identidad y la memoria inmersas en los procesos educativos, en los cambios de una sociedad, en la dinámica acontecida entre las significaciones sociales, y en las trayectorias de vida de los sujetos, porque ¿qué es la educación, sino comunicación de la cultura, formación de la identidad y construcción social de la memoria?

Conflictos de interés

El autor declara que no existen conflictos de interés.

REFERENCIAS

- Ávila, M. (2005). Socialización, educación y reproducción cultural: Bourdieu y Bernstein. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 19 (1), 159-174. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27419109>
- Bourdieu, P. (2002). La «juventud» no es más que una palabra en Pierre, B. (Comp.) *Sociología y cultura*, 163-173. México: Grijalbo.
- Dávila, F. (1990). Algunas precisiones analíticas desde el campo de la teoría social, útiles para un acercamiento a la delimitación del campo educativo, en *Formación de profesionales de la educación*, pp. 223-232. México: Asociación Nacional de Institutos de Enseñanza Superior, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Giménez, G. (1982). *Para una concepción semiótica de la cultura*. Instituto de Investigaciones Sociales UNAM.
- Giménez, G. (2002). Globalización y cultura. *Estudios Sociológicos del Colegio de México*, 20(58), 22-46. <http://www.redalyc.org/pdf/598/59805802.pdf>
- Giménez, G. (2005). Cultura, identidad y metropolitismo global. *Revista Mexicana de Sociología*, 67(3), 483-512. <http://www.redalyc.org/pdf/321/32105302.pdf>
- Giménez, G. (2009). Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos culturales en las franjas fronterizas. *Frontera Norte*, 21(41), 7-32. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13604101>
- Halbwachs, M. (1991). Fragmentos de la memoria colectiva (trad. y selec. de Miguel Ángel Aguilar). *Revista de Cultura Psicológica*, 1(1), 1-11. <https://ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n2/15788946n2a5.pdf>

Halbwachs, M. (1995). Memoria colectiva y memoria histórica. *Revista REIS*, (69), 209-219. http://www.reis.cis.es/REISWeb/PDF/REIS_069_12.PDF

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.

Ramírez, B. (2017). La identidad como construcción de sentido. *Andamios*, 14(33), 195-216. <http://www.scielo.org.mx/pdf/anda/v14n33/1870-0063-anda-14-33-00195.pdf>

Ricaurte, P. (2014). Hacia una semiótica de la memoria. *En-claves del Pensamiento*, 8(16), 31-54. <https://www.redalyc.org/pdf/1411/141132947002.pdf>

Sarramona, J. (2000). *Teoría de la educación*. Ariel.

Segura, M. D. (2023). *Memoria y educación. Investigación, pedagogía y prácticas educativas de la memoria* [Tesis doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México].